

Ante la proliferación nuclear

Pierre M. Gallois

Sin darse cuenta de sus numerosas y complicadas consecuencias, el mundo es escenario de un fenómeno que se asemeja al sistema de los vasos comunicantes. En efecto, mientras la proliferación vertical de armamentos nucleares se detiene e, incluso, disminuye, la proliferación horizontal se extiende y progresiona. En otros términos, tras haberse por fin comprendido la costosa inutilidad de los *stocks* de cabezas y proyectiles nucleares, las potencias atómicas, desde hace tiempo abastecidas, desmontan sus cargas explosivas y envían cohetes y portaaviones al desguace. Por el contrario, fascinados por las ventajas políticas, diplomáticas, científicas y militares que confiere la posesión del átomo militarizado, muchos Estados se empujan a la puerta del “club” de los nucleares.

Sin que se haya dado la señal de salida de esta carrera por la posesión de armas de destrucción masiva, el derrumbamiento del imperio soviético la ha acelerado dando lugar a dos nuevos Estados detentores de una panoplia atómica, Ucrania y Kazajstán y, al mismo tiempo, poniendo en el mercado –en un mercado paralelo por supuesto– los materiales fisionables y los componentes necesarios para su tratamiento, almacenaje, así como para la fabricación de ingenios de lanzamiento. Evidentemente, no es fruto de un propósito deliberado que el Kremlin se haya encontrado en el origen de esta forma de diseminación de un armamento que él habría deseado conservar bajo estrecha vigilancia. Pero no estaba en manos de Moscú el oponerse al movimiento centrífugo de las provincias secesionistas, tampoco el cerrar con llave las fronteras abiertas por los desórdenes derivados del debilitamiento del poder central.

Hoy, a las cinco potencias nucleares oficiales, reconocidas y admitidas como tales (Estados Unidos, CEI, Gran Bretaña, Francia y China), se suman Israel con un armamento discreto, significativo pero tolerado en razón de la situación estratégica y particular de este Estado; la India, sin duda capaz, a su voluntad, de acceder al club de los abastecidos; Kazajstán y Ucrania ya citados, herederos de una porción del arsenal soviético y, por último, Pakistán, Irán y Corea del Norte, manifiestamente deseosos de tener también armas de destrucción masiva. Bastará con que cuatro de las cinco naciones citadas anteriormente aúnén sus esfuerzos para que otros Estados

Pierre M. Gallois, general en reserva del ejército francés, fue uno de los asesores más significados del general De Gaulle en los años de creación de la fuerza nuclear francesa.

les sigan, dada la importancia política y estratégica que tiene el control de un arma a la cual nada se le resiste.

Hay que reconocer que si se considera la proliferación como algo peligroso, el mal ejemplo lo dieron los Estados más preocupados de ponerle término y de conservar un monopolio cuya fragilidad les consterna.

Paradójicamente, son las naciones científicamente más evolucionadas las que menos han entendido el verdadero significado de las técnicas de destrucción que ellas inventaron y colgaron de sus grandes panoplias. Estados Unidos, de la forma más irracional, ha constituido un potencial de aniquilación que no tenía parangón con las necesidades del mayor y más encarnizado de los conflictos que una imaginación desatada habría podido concebir. Fue el presidente Kennedy quien quiso el armamento de "sobraniquilación" (*overkill*), según la expresión entonces utilizada. Tras haber basado su campaña electoral contra los republicanos en acusaciones por rebajar la seguridad de Estados Unidos, el nuevo presidente dobló prácticamente el inventario de armas atómicas –ya considerable– que le había legado su antecesor en la Casa Blanca. Tomada a la ligera, esta decisión tuvo unas consecuencias funestas: el derroche de miles de millones de dólares y de rublos para construir esas armas, a los cuales se suman ahora los costes de su destrucción y la comercialización clandestina de una parte de esos excedentes.

Surge una pregunta inevitable: ¿cómo un país dotado de una indiscutible élite científica, más consciente que ningún otro de sus deberes morales para con la Humanidad, en razón misma de su riqueza y de su poder ha podido embarcarse en una empresa tan falta de sentido como ha sido la acumulación de armas de destrucción cuya capacidad sobrepasa en mucho todo lo que podría ser erradicado de esta Tierra?

Hoy, los analistas explican esta aberración político-estratégica del siguiente modo: Estados Unidos está acostumbrado a la producción en masa. Aplicó al armamento su concepción del desarrollo económico y comercial; al crear una máquina de producción a gran escala, se ha mostrado incapaz de frenar una actividad excesiva por miedo a desmotivar a sus investigadores y a sus técnicos. Pero, sobre todo, el mismo error ha sido cometido por otros Gobiernos –entre ellos el de Moscú– que han asimilado la era de los nuevos armamentos a la de los armamentos tradicionales cuando el país más fuerte, el más poderoso, el vencedor seguro de toda confrontación armada, era precisamente el que poseía mayor número de armas. No han comprendido que una vez alcanzado un cierto nivel –relativamente poco alto– toda prolongación del esfuerzo de producción era superfluo e incluso ridículo. En 1963, antes de que la rivalidad norteamericano-soviética llegase a extremos absurdos, el profesor Seymour Melman, de la Universidad de Columbia, señalaba que la destrucción de 370 aglomeraciones soviéticas, condición mínima para la existencia de este país, no habría necesitado "más que" la detonación de 28 megatonnes (mientras que el stock norteamericano alcanzaba ya los 70.000 megatonnes), es decir, 2.850 veces más de lo que habría hecho falta para intimidar a la segunda potencia militar.

El autor de estas líneas había hecho la misma constatación y se había preguntado sobre las causas de esta desmesura en la acumulación de armas de destrucción masiva. La URSS sólo podía seguirle. Lo hizo sacrificando la economía por el armamento, con el resultado que ya conocemos. Pero, en 1965, los satélites estadounidenses de observación informaron de la amplitud del programa de recuperación soviético y, con temor a perder la carrera que su predecesor había emprendido, el presidente Johnson pidió que los dos países negociasen una limitación de sus fuerzas nucleares. El mal estaba hecho: ni SALT I, ni SALT II redujeron de forma notable el número de armas acumuladas anteriormente. Sólo con la *perestroika* y con las ofertas de desarme de Gorbachov, Washington y Moscú se dieron cuenta de que disminuyendo sus respectivos arsenales de armas al 50 por cien, 75 por cien e incluso hasta el 90 por cien no comprometían en modo alguno su seguridad.

Si esta política de “sobreanquilación” ha sido evocada es porque desanimó a los candidatos a la posesión del átomo militarizado. También, durante varios decenios, de 1965 a 1985-1990, el número de Estados nucleares no aumentó. Pero, cuando después de Washington y Moscú, el resto del mundo comprendió que unas pocas armas de destrucción masiva bastaban para asegurar a sus detentores, al mismo tiempo, la impunidad y un cierto poder de coerción frente a las naciones desprovistas, la proliferación horizontal retomó su curso. Y no es con el Tratado de no-proliferación, próximo a su renovación, con lo que pondremos fin a esto.

La guerra del golfo Pérsico y las ambiciones estadounidenses plasmadas en las declaraciones del presidente Bush expresando el deseo de instaurar un “nuevo orden internacional” han servido de estímulo a los países –ya propensos– para querer obtener el arma suprema.

Todos han comprendido que si Sadam Husein hubiese podido acelerar los trabajos iniciados con la ayuda de Francia y si hubiese contado tan sólo con algunas cargas nucleares, hubiera podido, impunemente, extender su jurisdicción a Kuwait. Ninguna potencia, incluida Estados Unidos, habría corrido el riesgo exorbitante de provocar una reacción atómica de Irak, aun cuando esta reacción fuera del todo improbable. Existe una regla, observada desde hace medio siglo, que señala que entre Estados nucleares, incluso desigualmente provistos, el enfrentamiento directo queda excluido.

El desarrollo de las operaciones ha mostrado las carencias de la aviación tradicional iraquí y la eficacia de los misiles, como la imprecisión de los *Scuds* de Bagdad, torpemente modificados para aumentar su alcance. La aviación iraquí se quedó en tierra porque, de entrada, el mando iraquí sabía que sus aparatos, muy inferiores en número y desiguales en cuanto a su resistencia, no podían ejercer un dominio en el cielo. Sin embargo, las baterías de los *Scuds* lanzaron sus ojivas clásicas hasta el cese del fuego sin que la aviación de la coalición aliada pudiese localizarlas y destruirlas. Y si, en vez de alinear unos 700 aparatos de combate, los iraquíes hubiesen dispuesto de 700 lanzadores de *Scuds*, los aliados no hubieran podido desplegarse en Arabia Saudí y la coalición se habría dislocado porque sus contingentes no se habrían podido estacionar impunemente en las fronteras de Irak.

No se ha perdido la lección. A lo largo de una gran curva que va desde Taiwan hasta Argentina, pasando por las dos Coreas, China, Pakistán, India, Irán, Irak, Siria, Arabia Saudí, Yemen, Israel, Libia, Argelia y Brasil, proliferan los ingenios balísticos, proporcionados por la URSS o China, concebidos y fabricados sobre el lugar o adquiridos en los países del Tercer Mundo que son los que controlarán en lo sucesivo la tecnología. Estos armamentos, todavía imprecisos, se revelarían del todo dudosos si su ojiva clásica (explosivo de TNT) fuese sustituida por una ojiva nuclear. En unos cuantos años, un número relativamente alto de países en vías de desarrollo, cerca de una veintena, ha pasado –o está en vías de hacerlo– de la era del avión a la del proyectil nuclear. Este armamento, entre otras ventajas, presenta la de no exponer a los especialistas que lo manejan, al contrario de lo que ocurre con la tripulación de los aviones de combate. En definitiva, los sistemas defensivos anti-proyectiles nucleares están mucho menos generalizados que la DCA y son además menos eficaces.

Una vez en posesión de un proyectil balístico casi imparable, difícil de localizar y, por lo tanto, de destruir antes de que arrase con el campo enemigo, ¡qué tentación la de añadirle el rey-explosivo, el que todos temen! El binomio proyectil-ojiva nuclear garantiza la invulnerabilidad del suelo nacional, confiere autoridad política y militar a aquel que posee este arma de excepción, y consagra su notoriedad ya que pocos Estados disponen de ella y está lejos de ser accesible a la mayoría.

Otra incitación a la proliferación nuclear horizontal: la unipolaridad del mundo, la URSS desvanecida, la CEI todavía presa de graves dificultades internas, y sin duda prolongadas, Estados Unidos campeón de un sistema económico y social sin rival, envidiado e imitado prácticamente en todas partes.

Las manifestaciones de este monopolio de poder no son apreciadas por igual. Algunos desconfían y quisieran defenderse de ellas. Así, por ejemplo, en la guerra del golfo Pérsico, los bombardeos intensivos, las sanciones inhumanas infligidas a la población iraquí e indebidamente prolongadas, han demostrado los peligros de la omnipotencia política y militar. El castigo que recibió ese país fue desproporcionado respecto al delito y no justificaba en ningún caso los cientos de miles de víctimas que produjo. Más recientemente, el bombardeo sobre Bagdad en represalia por un atentado del cual, como se ha sabido después, el Gobierno iraquí no era responsable, ha sido una nueva demostración de un inadmisible descaro.

La proclamación estadounidense del advenimiento de un “nuevo orden mundial” se ha visto acompañada de la evocación de un derecho particular que se han atribuido las potencias occidentales: el de la ingerencia, un derecho rápidamente transformado en deber. Se trataba, por encima de todo, de afirmar la primacía de una ética y de un sistema económico y social, y de atribuirse el deber de imponérselo a aquellos que todavía no se hayan unido. Además, la sombra de la fuerza, o incluso la fuerza misma, apoya este derecho aunque, dada la situación de los asuntos mundiales, todavía no pueda tener un valor universal.

Lo menos que se puede decir es que estas ambiciones se han materializado por la fuerza y no han suscitado un entusiasmo general. Muchos Estados en vías de desarrollo acelerado se han precipitado a aumentar su potencial militar con el fin de no ser víctimas de una ingerencia extranjera en sus asuntos internos. Y aunque la posesión del átomo militarizado no sea más que un objetivo lejano, incluso fuera de alcance, les ha parecido un arma altamente disuasiva. También hemos sabido que Croacia, por ejemplo, ha sido un lugar de tránsito privilegiado de materiales nucleares o de equipamientos de proyectiles balísticos exportados fraudulentamente de la antigua Unión Soviética hacia los países al acecho de nuevo armamento, en particular Estados islámicos suficientemente despiertos como para ambitionar la modernización de sus panoplias.

Las potencias nucleares se muestran muy preocupadas por esa inequitable proliferación horizontal. Persuadidas de que son las únicas dignas de poseer la pólvora atómica, se esfuerzan, por todos los medios, en impedir las transferencias de tecnología y de técnica, proponiendo, por ejemplo, ayuda financiera a cambio del abandono de toda pretensión de lograr el átomo como propuso recientemente el secretario de Estado norteamericano al jefe de Gobierno ucranio, o también amenazando a Corea del Norte con sanciones económicas, quizá con un embargo o, si fuera necesario, con un bloqueo.

Esta respetabilidad que las democracias occidentales estiman que les autoriza a estudiar, construir y, eventualmente, a dar a entender que en caso de crisis extrema se utilizaría la amenaza nuclear, ha evolucionado con el paso de los años y con el aumento del número de países miembros del "club" atómico. En 1945, sólo Estados Unidos se juzgaba moralmente capaz de tener armas de destrucción masiva. Cuando en 1949 la URSS forzó la puerta del famoso "club", la inquietud fue enorme. ¿Comprendería Stalin el significado de la nueva arma? Después de haber sacrificado a cerca de treinta millones de los suyos para defender el territorio nacional contra el invasor, ¿no se sentiría tentado de terminar con el campeón del capitalismo aun teniendo que padecer de nuevo unas tremendas pérdidas? ¿Sabría que las armas atómicas sólo juegan un papel de intimidación cuando las fuerzas vivas del país que las posee están amenazadas? Stalin, al igual que sus sucesores, comprendió perfectamente el extraordinario poder y también las limitaciones derivadas de las nuevas armas. El Kremlin, tras haber accedido la URSS al rango de gran potencia nuclear, supo sacarle partido sin necesidad de correr el riesgo de provocar a otra potencia nuclear.

Después, fue el turno de China en detonar su primera carga atómica. ¡Más de mil millones de habitantes! Ahí está el peligro, se decía. Este país no está tan ávido de la sangre de sus hijos como lo están las potencias occidentales. ¿No podría aceptar la pérdida del 10 por cien de su inmensa población para controlar Euroasia? Pekín, como Moscú, Londres, París o Washington, se comportó tal y como lo querían las potencias que se dicen autorizadas a sentar cátedra en la materia. Mejor aún, aunque China disponía de los medios, rechazó involucrarse en la costosa e inútil rivalidad numérica que opuso a Estados Unidos y a la Unión Soviética y se contentó

con una panoplia “suficiente”. En cuanto a Israel, potencia atómica discreta, se admitió que ese armamento le era indispensable en razón de las masas hostiles que le rodean. La Casa Blanca cerró los ojos.

Conocemos el argumento mil veces repetido: ¿qué sería de los demás países y del comportamiento de sus dirigentes si dispusieran, también ellos, de una panoplia atómica, aunque fuese modesta? Frederick R. Strain es rotundo: “...cuando una nación tiene al frente a un déspota, sin gran experiencia en el tratamiento de la crisis y con tendencia a confundir sus ambiciones personales con el interés nacional, la probabilidad de un desastre aumenta espectacularmente”. Se trata, naturalmente, del caso extremo, ya que hay numerosos Estados cuyos dirigentes no son unos déspotas inexpertos y para los cuales, pese a todo, la puerta del “club” sigue cerrada (por su adhesión, a veces forzosa, al Tratado de no-proliferación). Sin embargo, la inquietud expresada por Strain es casi general y son muy pocos los que no se toman en serio una advertencia así. Se piensa comúnmente que expresa la vieja “sabiduría de las naciones”.

No obstante, la formulación de esta reflexión no demasiada somera –y teniendo en cuenta el desarrollo de los acontecimientos que se han desarrollado en este último medio siglo de la Historia– merece un análisis más detenido.

En efecto, cuando los pueblos se enfrentan en luchas armadas utilizando los medios de combate tradicionales –no nucleares–, los Gobiernos beligerantes envían a sus congéneres a luchar en cualquier parte, a una línea del frente distante a centenares o millares de kilómetros del centro nacional de decisión. Para los dirigentes el riesgo es grave: perder la guerra, pagar el precio que esto conlleva, padecer la ocupación o la amputación de un territorio que no han sabido defender, abandonar el poder o, eventualmente, huir perseguidos por la justicia popular. En cambio, si el intercambio de golpes que se propinan los adversarios implicase el fuego nuclear, el castigo tendría una amplitud muy distinta. Suponiendo que “el déspota inexperto” haya buscado refugio en un bunker profundo, regresaría a la superficie sobre una tierra devastada, radioactiva; sus bienes como los de todos estarían tan destrozados al igual que el patrimonio de la población.

A pesar de su “supuesta inexperiencia”, esas perspectivas, familiares para todos los dirigentes políticos y militares, déspotas o no, le impondrían una serie de evidentes obligaciones. Frederick L. Strain imagina a estos hombres confundiendo sus intereses personales con los de su nación. Pero sería en un desastre común donde residiría una asimilación semejante. Es más verosímil que la misma inhibición que se impone en los países industrializados fuese compartida –quizá más inspirada por el miedo que por la sabiduría– por los “déspotas” evocados por Strain. Hace ya bastantes años, en 1958, el viejo mariscal Chen Yi le confió a un periodista de la agencia Reuter una de sus meditaciones: “cuanto mayor sea el número de Estados poseedores del arma atómica, mayor será la mancha de paz sobre el mundo”. Curiosa coincidencia: China preparaba, en esa época, su propia bomba. Pero es forzoso constatar que desde Hiroshima, ningún Estado poseedor del arma atómica la ha utilizado contra otro, ya fuera nuclear o no.

Por desgracia, desde 1945, se han contabilizado más de un centenar de conflictos armados graves, cuyo balance es desolador: del orden de cuarenta millones de víctimas. En todos estos conflictos se han utilizado medios tradicionales, de modo que la proliferación de este armamento se ha revelado singularmente mortífera. Pero está admitida como una constante del “orden mundial” y a la cual nos acomodamos muy bien.

Por otra parte, hay que cuidarse mucho de suscribir de entrada uno de los aforismos preferidos de los hombres de Estado occidentales: “rechazar el armamento nuclear es garantizar la paz”. Es incluso una contra-verdad si se tiene en cuenta el duro balance de las guerras llevadas a cabo con armamento clásico.

Es difícil decidir qué es más importante, si la inquietud legítima que puede crear la proliferación horizontal de armas de destrucción masiva o el deseo de conservar el monopolio de éstas para así tener una superioridad política y estratégica, no exenta de un trasfondo económico. “Yo, potencia nuclear, os protejo, a vosotros que no lo sois, pero a cambio abridme vuestros mercados”. La testarudez de los Estados ricos, Estados Unidos el primero, de cerrar con llave la puerta del “club” es significativa. No es la paz del mundo la que está verdaderamente en juego (no han cesado las luchas desde hace medio siglo), sino la afirmación de una superioridad científica, estratégica y militar destinada a acompañar y a apoyar todas las manifestaciones de un predominio político y económico.

El mundo está formado por un conjunto de fuerzas antagónicas y los conflictos armados son, en cierto modo, consustanciales.

La razón de que proliferen estos conflictos es que existe una relación relativamente racional entre los beneficios que generaría una guerra clásica y su coste en pérdidas humanas y materiales. A la inversa, si interviniesen las armas de destrucción masiva, la desproporción sería total, evidente para todos, entre cualquier enclave político y territorial y el precio exorbitante de la apropiación, eso partiendo de que, después de un intercambio de garrotazos nucleares, el enclave y el territorio ambicionado presente todavía algún interés.

Sin poder afirmar que las armas nucleares son armas de paz, aunque nos gustaría mucho, es forzoso constatar que es con armamentos tradicionales con lo que, por casi todo el mundo, los hombres materializan sus antagonismos y siembran la muerte, el sufrimiento y la miseria.